

La vida es bella e irrepetible

fmagerit



Capítulo 1

Otro sinuoso renglón de Dios

Al Sr. Director del Hospital Psiquiátrico Karlovy:

Cuando Antonio (mi admirado Toño, mi psiquiatra) me sugirió como terapia que debería afrontar el paso de verbalizar mis horrores, mis pánicos, mis pesadillas y mi muerte en vida, escribiéndole una carta de perdón a usted, el antiguo director de ese psiquiátrico de mi país, mi primera reacción fue responderle con un sonoro: ¡JAMÁS! Le costó convencerme, pero aquí estoy, para intentar pasar esa página, mejor diría ese largo capítulo de mi biografía.

Aún recuerdo perfectamente aquella mañana primaveral de Praga, en la que salí con mis compañeros del Instituto a protestar, oponerme, luchar y gritar contra la oprobiosa presencia del satánico ejército soviético por las calles de nuestra ciudad natal. Lo hacíamos de forma pacífica, encorajinados por nuestra juvenil fuerza, y movidos por nuestras ansias de libertad y democracia para nuestro pueblo. Creíamos no estar haciendo nada malo con nuestras pancartas en el Puente de Carlos, hasta que...

Bueno, prefiero omitir detalles de cómo fuimos detenidos, pisoteados, apaleados y torturados para confesar, aún no sé bien qué delitos. Finalmente, yo fui confinado, sin entender la razón para ello, en aquel edificio en el que al entrar pude leer aquel negro presagio que se cernía sobre mi vida: "Hospital Psiquiátrico Karlovy", decía el cartel.

Rememorar para contarle a usted, precisamente a usted, lo que sucede en aquella sucursal del infierno en la tierra, es casi absurdo. Mi cuerpo aún conserva las marcas de aquellos casi veintidós años. Las profundas huellas en mis muñecas por las sogas con las que era atado a la cama; el ojo de cristal que ocupa el vacío del que a golpes me arrancaron en la sala de interrogatorios; el frío gélido metido en mis huesos durante cada una de las interminables jornadas en que me dejaban a la intemperie, para "ablandar mi indómito espíritu", decían ustedes; y los labios abiertos permanentemente, de tanto gritar y clamar justicia, libertad y el salir de aquella prisión que me quitaba la vida y la cordura.

Recuerdo también a Jana, mi Janochka, la dulce enfermera que mantuvo en mí un hilo de esperanza para conocer un mundo mejor. Para mí, aquellos días en que se me llevaba a la enfermería, tras simular yo ataques epilépticos, fue lo único que me permitió seguir vivo. ¿Le sorprende? Pues sí, llegué a desarrollar con verdadera profesionalidad la habilidad de lanzar espumarajos por la boca, mientras me retorcía, preso de simuladas convulsiones que desencajaban mis articulaciones. Volver a recibir otro día las caricias protectoras, y las dulces sonrisas de Jana, era lo único que me permitió llegar hasta aquí.

Nací de nuevo a los 36 años, durante la llamada Revolución de Terciopelo de 1989, cuando un matrimonio de médicos de un país mediterráneo (que prefiero ocultarle), decidió acogerme en el seno de su familia, una vez caído el tiránico telón de acero; y una vez que las cárceles y manicomios checos abrieron sus puertas para liberarnos a los amnistiados presos políticos. Mi nueva familia ha hecho que de nuevo me aferre a la belleza de la vida, aunque las constantes pesadillas estremezcan de vez en cuando mi atribulada mente.

Desde entonces, mi nueva vida transcurre en esta acogedora ciudad del sur de Europa. Sin embargo, todos los miércoles debo visitar a Toño, mi otro ángel en la tierra, para que efectúe el seguimiento que toda mi vida habré de tener, por las imborrables secuelas que me dejó la estancia en su atroz y despiadada institución. He tomado decenas de fármacos (Valium, Rohipnol, Estazolam...), con nombres para mi ahora tan familiares como los de mi amada tierra checa. Con ellos, aunque poco a poco, las espeluznantes pesadillas que todavía hoy me desgarran el alma van desapareciendo de mi cotidianeidad.

Confieso que ahora, al concluir esta carta, e intentar perdonarle a usted (que me imagino que ya se jubiló), afloran en mí: la rabia, el dolor, un hilo de rencor, el pánico, la ternura hacia Jana, el no entender nada de lo que pasó... Pero también surge -alentado a ello por mis padres adoptivos-, y aunque me cueste mucho, el perdón hacia usted, pues era un simple brazo ejecutor del aparato represor soviético que aplastó nuestra esperanzada primavera de Praga. Le perdono, Sr. Josef K., le disculpo todas y cada una de las órdenes que pretendieron doblegar mi ánimo y vencer mi fortaleza; nunca lo olvidaré, pero de corazón le digo, que le perdono.

Por último, decirle que si sabe algo de Jana le haga llegar un anónimo mensaje, que diga simplemente: "p?ežit, m?j state?ný bojovník" (sobrevivirás, mi bravo luchador), el cual ahora le escribo, mientras de fondo suena... ¡Ay!, Praga, darling, mi Praga, lágrima que se enjuaga en Plaza Wenceslao... ¡Ella seguro que sabrá de quién es!

Hasta siempre, Jan.

Capítulo 2

Chucky desde luego no era, ni la más bonita, ni la más favorecida de las muñecas de Muñelandia (imaginario reino infantil en el que ella pensaba que vivía).

Por circunstancias desconocidas, había salido poco agraciada de la máquina que juntando madejas de lana, retales de telas, e hilos de diferentes colores, producía sin parar aquellos tiernos personajes, destinados a ser cobijados en el regazo de sercitos humanos de todo el mundo.

Año tras año se quedaba arrinconada en el almacén de 'artículos defectuosos', siendo además afortunada, por no ir a la destructora de juguetes que salían con alguna tara, en esas robotizadas industrias. En ese almacén, que por las noches cobraba vida propia, ella se sentía como la reina ('tuerto en país de ciegos', que dicen los humanos), ejerciendo su despótica y amargada voluntad contra todos los desafortunados juguetes que iban a parar diariamente a los estantes que poblaban aquel abarrotado y sucio cuartucho de los subsuelos de 'Toisforás' (industria en la que Chucky había 'nacido', por decirlo de alguna manera).

Era despiadada, mandona, cruel, muy amargada, y por ello se dedicaba a hacer todo tipo de trastadas, maldades y novatadas a los 'desahuciados' que iban cayendo por allí. Con razón era muy odiada, bueno doblemente odiada, porque ella también odiaba su desdicha, su mala suerte... ¡su gran fealdad! Los otros juguetes, hartos de ella, hasta le deseaban lo peor, dada su diabólica mente.

Los dueños de aquella industria finalmente habían decidido limpiar, de tanto 'objeto inservible' (decían ellos), sus atestados almacenes; así que ese año Chucky vio cómo se le erizaba la lana, al sentir el escalofrío tras ser agarrada por una negra zarpa enguantada, que le cogía y metía en un saco, el cual estaba ya repleto de cachivaches inservibles de todo tipo, pero todos ellos con algo en común: ser defectuosos, distintos, estropeados, o incluso... ¡tremendamente feos y además repudiados por la empresa!

Se resignó a ello, a su previsible destino, puesto que lo imaginaba desde su 'feo nacimiento'; sin duda, sus sueños acabarían en un vertedero, o peor aún, en una cruel máquina recicladora de textiles.

Sin embargo, la vida a veces es azarosa y alegre, porque en el camión en el que cargaron todos los sacos, tras el zafarrancho de limpieza, ella iba precisamente en la parte trasera, viendo alejarse desde el borde de la trampilla posterior del volquete las curvas del siniestro camino hasta su inexorable destino.

¡Un venturoso bache tuvo la culpa! Sí, así fue. Al pasar el camión por ese casi socavón el saco, en el que Chucky iba, saltó por los aires, desparramándose su contenido por la lúgubre callejuela que llevaba desde

la industria hasta la incineradora del vertedero, que por cierto tanto afeaba el paisaje de la ciudad.

Y entonces, toda su vida empezó a cambiar milagrosamente, porque tras el camión circulaba un destartado auto en el que una humilde familia iba a pasar las fiestas navideñas al campamento de emigrantes en el que sus amigos les esperaban para compartir lo poco que tenían.

La carga del saco esparcido en la calzada rápidamente fue a parar a los brazos, ávidos de juguetes, de aquellos niños humildes; cayendo Chucky en las manos de Rosita, precisamente la niña más triste del grupo, porque no podía pasar esa Navidad con Nely, su hermanita pequeña, ya que ésta estaba ingresada en el Hospital de La Paz, luchando contra la 'negra dama', para intentar que aquel terrible sarcoma no hiciera demasiado breve su paso por la vida.

Rosita no lo dudó un instante. Aquella muñeca, de tacto suave, pero con cara diabólica, iba a ser su regalo de Reyes para su hermanita. Además, inmediatamente decidió que primero le raparía la lana de la cabeza, para que así Nely pudiese jugar con una muñeca con parecida desnudez a la suya.

Nely jamás lo hubiera imaginado, porque sabía lo pobres que eran sus padres, que ese seis de enero ella iba a recibir tal sorpresa: un juguete, una muñeca... ¡una hermanita suave!, que aunque fuese de trapo, sería a partir de entonces su confidente, su pañuelo de lágrimas, su amiga... ¡su única alegría, de la cual sacar fuerzas para vencer a la terrible quimioterapia que a diario recibía!

Y así fue, como Chucky pasó de ser la muñeca más odiada en un almacén, a ser la 'personita' más amada en aquella bonita 'Pajarera' (o aula para niños enfermos). Nely no lo sabía, pero la 'muñequita fea' se pasó todo el día de Reyes dando gracias, en su idioma de trapo, a aquel bache, dando las gracias a Rosita, a Nely, y llorando sin parar porque la vida, que creía que había sido injusta con ella, le había dado, ¡por fin!, lo mejor que podría encontrarse una muñeca: los brazos llenos de amor, ternura y ganas de vivir de su nueva hermana adoptiva, de la dulce Nely.

Capítulo 3

Capítulo 4

Los tres lechoncitos ibéricos

Había una vez un imaginario reino animal llamado Gerfrancia, que estaba dividido en 27 taifas o virreinos. Los enamorados monarcas que gobernaban en ese reino, eran: el lindo y diminuto caniche Monsieur Nicolás Bruni I el Embelesado, y la resolutiva rotweiller Frau Angela von Mercaden-Euren. Ambos estaban muy preocupados, porque los tributos que sus emisarios recaudaban, en algunas de las otras veinticinco taifas secundarias, eran cada vez menores, y ello les exigía a las dos taifas mayores que tuvieran que aportar cada vez más onzas de oro para sostener en pie el tambaleante reino gerfranco.

Ante eso, los reyes decidieron enviar a un par de inspectores, para que 'interviniesen' (nunca mejor dicho), en el asunto, revisando las cuentas, especialmente en uno de esos virreinos - el que más al sudoeste estaba, que se llamaba Decrepilandia. Para ello, eligieron con esmero a sus mejores sabuesos 'interventores': Monsieur Aster IX, y Herr Mani Kush, con amplia experiencia en esas tareas.

Por aquel entonces en Decrepilandia, la mayoría de pobres animalitos que lo habitaban se empobrecían cada día más y más, porque los tributos recaudados se perdían, como tragados por inmensos agujeros negros terrestres. Los 'plebeyos y lacayos', que así se llamaba a los animales usados en las tareas rutinarias del reino, habían llegado a crear un lenguaje para hablar a escondidas (sin ser apresados por la inquisición oficial), de esos desmanes. Así, decían: 'ver las orejas al lobo', a ser sometidos a una auditoría por los 'lobos' (inspectores fiscales), que 'soplaban' (o sea aventaban, o entresacaban apuntes reales y embustes), en las cuentas de los investigados. Igualmente, a los animalillos que más 'mamaban' (robaban), la 'leche' (dinero), de la 'maldita puerca' (hacienda pública), les llamaban obviamente 'lechones'.

Ambos emisarios gerfrancos partieron raudo a su comprometida y arriesgada misión, poniéndose manos a la obra en cuanto llegaron a su destino. Decidieron empezar, para dar escarmiento, con Xuxinho Bianco Do Rribo (alias O Campeón, y O Rey das gasolineiras), conocido ex dirigente de Decrepilandia, el cual al ver cómo los 'lobos' empezaban a 'soplar' en sus cuentas, salió corriendo de su humilde palloza de estilo lucense (débilmente techada con simples pajas de centeno), la cual no pudo resistir semejante impetuoso y potente 'soplido' inicial.

Xuxo, en su huida, se refugió en una barraca más sólida (pues estaba hecha de cañas y barro), de su gran amigo -aunque éste fuese de otra noble casa rival-, Xisco Camps (alias el Dandi, o Tonet). Los inspectores sin embargo, a uña de corcel, le seguían las visibles frescas huellas dejadas en el barro otoñal mesetario, por lo cual no tardaron mucho en

llegar a casa del Dandi quien, aunque ladinamente se había ocultado entre sus lujosos trajes, no pudo eludir que los 'lobos' también le 'soplasen' entre sus sucias cuentas, y derribasen fácilmente toda su 'arquitectura fiscal' (sistema de 'mamar mucha leche'), aparentemente tan sólida y robusta, al menos eso creía Tonet.

De nuevo, ambos amigos pusieron pies en polvorosa a la grupa de briosos alazanes, que eran parte de su ingente e injustificable patrimonio, dirigiendo sus galopes a casa de un poderoso amigo común de ambos. Se llamaba Aitor Nóos (alias el Pelotari, por su facilidad para dar potentes 'pelotazos'). Allí, en su confortable Masía, los tres lechoncitos se creyeron a salvo de la aguda visión de los 'lobos' foráneos. Sin embargo, un águila que andaba sobrevolando los cielos puso en la pista a los 'interventores', que cayeron con sus afiladas plumas de escribir sobre el escondite de los tres socios de fechorías y correrías, derribando también sin problemas y con potentes 'soplos' a diestro y siniestro, todas las artimañas contables del fortachón Aitor.

(NOTA: Y hasta aquí llegó el cuento, cuyo final podrás elegir tú, estimado(a) lectorcillo(a), de entre los tres siguientes):

----- **FINALES SUGERIDOS** -----

Primer final, el 'lógico'

Cuando todas las pesquisas y averiguaciones de los 'lobos' llegaron a conocimiento del Virrey de Decrepilandia, Juanqui I el 'Achacoso' (dueño de un lujoso yate, el 'Bribón', de premonitorio nombre), decidió dar un escarmiento a los miles de lechones que infectaban las granjas, corrales y establos del virreinato, y por ello dio la orden para que los tres lechoncitos fuesen apresados, en aquel mismo once de noviembre. Los lechoncitos pasaron el resto de sus vidas en unas jaulas especiales de la conocida Granja Rejas, en la cual esos animalitos purgaban ahora sus culpas, por haberse descarriado tanto del rebaño, asistiendo incluso a diferentes terapias sociabilizadoras, como por ejemplo un interesante taller literario.

Es por esa razón que desde entonces se dice que: 'A todo cerdo le llega su San Martín', dado que en ese día fueron apresados los tres conocidos 'lechoncitos' ibéricos.

Segundo final, el 'hispanico'

Juanqui I, Virrey de Decrepilandia, montó en cólera cuando sus cortesanos le anunciaron que unos emisarios de los metomentodo monarcas gerfrancos andaban investigando a afamados, poderosos y nobles animalillos de su corte, por lo cual de inmediato expulsó a tan insolentes 'lobos', dándoles una carta para sus jefes, en la cual incluso se despedía del monarca gerfranco con un poco cortés: "¡Por que no te callas, Nico!". A la vez, como desagravio, y para restituirles el honor mancillado a sus cortesanos, les otorgó los títulos nobiliarios de Conde de Lugo, Duque de la Albufereta y Marqués de Palma, respectivamente.

Es desde entonces que, a los virreinos del sur de Gerfrancia se les aplica

el apodo inglés de PIGS (cerdos), como castigo por su obstruccionismo para con los inspectores del reino gerfranco.

Tercer final, el 'cómico'

Los tres amigos, acorralados en la lujosa Masía de El Pelotari, pudieron escaparse por poco, por las cerdas pudiera decirse, saltando desde las ventanas merced a la considerable altura de Aitor, que les ayudó en ello con sus hombros, a modo de peldaños. Raudos y sigilosos, cual lince, partieron para lejos de aquel lugar, no parando hasta llegar a una conocida ciudad-granja, famosa por su acueducto romano, en la cual muertos de hambre se dispusieron a comer unas viandas que el posadero les cocinó.

Pero su dicha iba a durarles poco, pues los 'lobos' de Nicolás y Ángela, usando cerditos rastreadores de fina pituitaria (de los que se usan para encontrar las ricas trufas en los bosques de hadas), dieron con ellos en aquella posada de aristocrático nombre, por llamarse del Duque.

Sorprendidos en plena pitanza, los tres lechoncitos intentaron huir de nuevo, pero el posadero, avisado por los potentes 'aullidos' (gritos) de los 'lobos', de lo que estaba pasando, lanzó con gran destreza a los tobillos de los tres enamorados de lo ajeno sendos platos, de los usados para servir sus exquisitos manjares, dando con ellos en el suelo, para así luego poder ser apresados -eso sí con sus piernas quebradas-, por los ayudantes de los inspectores gerfrancos, que se los llevaron a la capital del reino, para que fuesen juzgados y encarcelados por el resto de sus días.

A esa fecha se remonta la tradición de ese hostelero-posadero de trinchar sus lechoncitos con un plato de loza, para demostrar lo 'blanditos' que les deja el 'purificador' horno de leña.

FIN

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado, avisándote de que cualquier parecido con la realidad, en cuanto a los lugares, hechos o personajes mencionados...

... ¡es pura y simple coincidencia!.

Capítulo 5

El vinilo Delsy

La Ufología humana estará eternamente agradecida a Delsy. En efecto, gracias a ella, y sin quererlo, el E.T. dejó abandonado aquella extraña pieza (actualmente depositada en el Museo de la Ciencia de Alcobendas), hecha de un material parecido al vinilo, que sirvió para poder decodificar el diario de su estancia en la Tierra, el cual perdió en su meteórica fuga, tras leerle la mente a Delsy.

Esa lámina plástica iba adherida a aquel extraño artilugio, muy parecido a un ordenador terrestre, y en ella Donanfer (que ese era el nombre que había recibido el visitante galáctico, al ser enviado en visita de reconocimiento a la Tierra, desde su planeta en el sistema solar de Perseo), había ido reflejando sus andanzas terrenales.

Delsy, a su vez, era una mujer romántica y pasional, y entre sus aficiones ocupaba lugar preeminente la ufología, habiendo tenido la inimaginable dicha de pasear, conversar e incluso ser abducida por la nave de Donanfer, para efectuar un fulgurante y breve viaje estelar de fin de semana.

Había sido todo una pura casualidad, que conviene explicar un poco. En Perseo, estaban muy molestos con el constante llegarles basura humana, compuesta de cachivaches obsoletos y absurdos (al parecer llamados cohetes y sondas espaciales), conteniendo además extrañas grabaciones, recuerdos y chorradas provenientes de otra civilización del Sistema Solar, llamada terrestre. Por ello, los ingenieros computacionales que dirigían el destino de aquella avanzada sociedad Perseida decidieron mandar a un emisario, para que recopilara in situ información de esos molestos y sucios `seres humanos`.

El ordenador decidió mandar a FVB-57, que era uno de los robots que habitaban el planeta Secegoc. Los preparativos inmediatamente se pusieron en marcha, para teletransportarle, eso sí dotándole previamente de apariencia, nombre, habla y configuración humanoide.

Además, para facilitarle sus `conversaciones` con humanos, se le adhirió en el forro de sus prendas de vestir, de corte y textura terrestres, aquel vinilo conteniendo la equivalencia entre los ideogramas de Perseo, y las letras humanas.

Donanfer había sido teletransportado precisamente aquel día en que los humanos al parecer celebraban `un nuevo año` -eso decían-, que además era especial para ellos, por ser el primero de un nuevo milenio.

Delsy, por su parte estaba brindando con sus amigos con un: `¡Feliz año

3001!' en la remozada y vanguardista Puerta del Sol, de un lugar llamado Madrid, cuando de repente sintió como un rayo de luz fulgurante llegaba desde el cielo, nublaba su vista, y acto seguido 'él' estaba a su lado, preguntándole cosas con extraño habla gutural, casi metálica.

La linda terrestre rápidamente quedó prendada por los inagotables conocimientos, inteligencia, romanticismo, generosidad y habilidades de su nuevo amigo, sin saber ella que para un androide todo eso era fácil, por tenerlo programado en sus chips y circuitos.

Por su parte, Donanfer estaba encantado con poder pasear por tantos lugares, ciudades y países con su viajera amiga, anotando con meticulosidad todo cuanto veía, para luego telepáticamente transmitirlo a Secegoc, en los descuidos de su absorbente anfitriona.

Su avanzado lector de mentes, desconocido para los humanos, le ayudaba considerablemente a la hora de entender el a veces errático comportamiento de ese ser humano, de Delsy.

Pudo comprobar de primera mano cómo los humanos se desplazaban en absurdos vehículos de propulsión solar, cómo se dedicaban a matarse entre ellos, cómo estaban divididos en bandos de todo tipo (mujeres y hombres, ricos y pobres, de 'derechas' e 'izquierdas', del norte y del sur...), y de todo ello tomaba nota, pues todo lo que veía le parecía increíble, y desde su punto de vista incluso absurdo.

Entre los bandos llamados 'masculino' y 'femenino', Donanfer pudo ver que se producía cierta mezcla de atracción y rechazo, que a veces desembocaba en algo que llamaban amor, y que consumaban acoplando extrañamente sus cuerpos, para engendrar a veces nuevos 'humanitos', de forma tan poco eficiente, y tan alejada de las robotizadas industrias replicadoras de robots que existían en Secegoc.

El visitante, (E.T. leyó él en las mentes de los amigos de Delsy como apodo por el que era conocido), se llegó a encariñar (esa es la traducción literal de su diario) con ella, pero lo peor es que Delsy se enamoró, atravesado su corazón por aquella flecha galáctica con forma de 'hombre', que por fin le comprendía y se anticipaba a todos tus deseos, como ningún humano había logrado antes. Sin embargo, no todo iba a ser felicidad para ella.

Donanfer, usando su lector de mentes humanas, adivinó en Delsy los propósitos de algo llamado 'matrimonio', en cuanto que él mencionó, con su dedo extendido hacia Perseo, en aquella preciosa noche llamada de San Lorenzo, que allá lejos estaba 'su casa'. Ella por su parte, temerosa de que su apuesto acompañante fuera reacio al compromiso ('como todos los hombres', pensó), intentó seductoramente conducirlo a su casa para demostrarle cuanto le amaba, cuanto le quería, cuanto le ...

El que Delsy intentase despojarle de sus prendas fue definitivo, porque él no quería hacerle daño cuando ella viera que no era precisamente un humano más, por ello y como pudo, se zafó de sus amorosos brazos, emprendiendo su sideral fuga, no sin antes extraviar en su huida el diario y el vinilo.

En honor a ella se le dio su nombre a esa especie de diccionario ufológico. Desde entonces, nunca más se tuvo noticias de Donanfer. Eso sí, en la Tierra un telescopio escruta la bóveda celeste, todas las noches de cielos claros y estrellados, en busca de algún destello Perseido.

NOTA: Todo lo aquí reflejado pudo ser comprendido y 'traducido' gracias al vinilo de Delsy, que sirvió para desentrañar todas y cada una de las meticulosas anotaciones del diario de Donanfer.

Capítulo 6 Su currículum decía que Nuria, a sus plétóricos treinta y cinco años, había completado con magnífico expediente las carreras de Ingeniería de Caminos, y de ADE; tenía dos másters: en economía, cursado en la Sorbona, y en medio ambiente, por la prestigiosa Universidad de Harvard. Obviamente también se desenvolvía con fluidez en varios idiomas..., pero todo eso no había sido suficiente aquel fatídico día en que le comunicaron que, por la consabida 'crisis', necesitaban eliminar el departamento de evaluaciones medioambientales de la empresa de ingeniería en la que ella había trabajado los últimos diez años. Eso ya pertenecía al pasado, al triste reciente pasado. Pero ahora...

Ahora, Nuria no podía contener su desbordante alegría y sus ganas de gritar, incluso se había vestido con sus mejores galas. Todo en ella parecía indicar que sería un día inolvidable en su nueva vida laboral.

Cuando, tras aprobar las oposiciones del INEM, le dijeron que iba ser inspectora laboral en aquella oficina nueva, y tan especial, no se lo podía creer. Esa oficina de lujo había sido instalada -paradojas caprichosas del destino-, precisamente en el precioso 'Parador' de Alcalá de Henares, motivado en que se necesitaba un sitio especial, para unos 'parados especiales' le habían explicado.

Al abrirse la oficina -eso sí a las doce de la mañana-, empezaron a aparecer, obviamente rodeados por sus escoltas, y con unas pintas un poco desangeladas, todos los personajes que hacía poco salían aún en las noticias de los informativos; pero que, tras haber triunfado esa especie de revolución juvenil del 15-M, habían sido derrocados de sus cargos en los que tantos

desmanes, atropellos y desfalcos habían cometido.

La lista era interminable, y por ello Nuria trataba de tomar nota en su agenda, para contárselo a sus amigos y familiares, sin olvidar ninguno. Por allí pasaban, desconsolados, cabizbajos, sin traje, sin corbata, sin sonreír, sin poder, sin vergüenza... los que habían hecho las cosas tan mal que, a ella y a sus tres hermanas les había costado irse al paro, o peor aún en el caso de una de ellas, pues le había supuesto el irse de España.

Zapatero ('el famoso ZP', pensaba Nuria, mientras escondía su sonrisa y desconcierto por tenerle frente a ella), Urdangarín, Pepiño Blanco, Camps, Chaves, Llamazares, Pujol, Carod, Jaume Matas... todos, sin excepción, estaban en los cómodos bancos de terciopelo del salón principal del Parador, esperando pasar la cita mensual para sellar sus carnets de parados, de lujo pero parados; y sin los cuáles no podrían seguir recibiendo los cuatrocientos euros mensuales, que les habían sido asignados, mientras que con el resto de sus sueldos, por haber tenido responsabilidades de gobierno, se iba resarcando a la sociedad de los muchos diferentes turbios asuntos que ellos habían protagonizado.

Nuria se disponía a hacerle las preguntas de rigor en el desempeño de su labor a uno de esos 'parados del Parador', como el gracejo alcaláino les había bautizado, cuando...

"¡Qué horror, qué pesadilla, qué lástima que haya sido tan solo un sueño...!", exclamó Nuria, cuando el horrible estruendo del despertador le recordó que era primero de mes, y que tendría que irse de prisa a sellar su

carnet de parada a la interminable cola de la vetusta y
siniestra oficina del INEM de su barrio

Capítulo 7 Habían sido infinidad las veces en que ella se había sentido así, como 'transparente' al mundo, como si no existiese para nadie, ni para nada.

Le daba mil vueltas al asunto, pero al final nunca salía de esa definición que ella se había otorgado, sobre su melancólica existencia propia. Por más que intentaba explicárselo, solo podría deberse a eso.

Ella siempre estaba pendiente de sus amigos, familiares, compañeros de trabajo. Les intuía su estado anímico, les leía los ojos para escrutar o adivinar cómo se encontraban, les preguntaba, les escribía, les mandaba mensajes con palabras de aliento -incluso cuando ella no tenía fuerzas o ánimos, ni para levantar sus ojerosos párpados-. Intentaba hacerles sonreír con sus mensajes, les hacía partícipes de sus tímidos escauceos literarios, de sus bromas, y les reenviaba cualquier correo gracioso, de esos que ella recibía (sin una sola palabra del remitente, dicho sea de paso)...

Hacía todo lo que se le ocurría para mantener lo que a veces ya solo era un fino hilo de relación, y por ello seguía conservando, a duras penas y con sus ya exiguas fuerzas, esos contactos con todos esos seres a los que quería, para que recibiesen noticias de ella de vez en cuando, aunque en el fondo no sabía si realmente les importaban algo.

Pero claro, cuando ella, como persona humana que creía ser, hubiese necesitado, suplicado o anhelado el recibir una llamada, una caricia, una palabra, un mensaje, un detalle de que para alguien ella también era importante, y que a alguien le preocupaba cómo estaba o se sentía, que le parecía merecedora de cinco breves minutos de su vida interesándose también por

su 'transparente' amiga... nadie se percataba de su condición de ipersona!, dotada de alegrías, tristezas, bajones, preocupaciones, miedos y esperanzas, y a la que tanto le hubiese gustado tener con quien compartirlas, al igual que ella compartía las de los miembros de su entorno más allegado.

En realidad no era del todo así. Su teléfono sí que sonaba, su móvil sí recibía mensajes, su buzón sí recibía cartas... puesto que todos sus seres cercanos sabían bien que ella siempre sacaba cinco minutos para coger el teléfono, o responder al mensaje o carta, o para quedar a tomar un café y escuchar, eso sí, cómo se desahogaba la persona que le había escrito, llamado o pedido quedar un ratito para ¿hablar? con ella.

Ella siempre estaba dispuesta a 'perder' cinco minutos por alguien que la necesitase, pero para ella nunca hubo cinco minutos que alguien quisiese perder.

Lo aceptaba, ¿Qué otro remedio le cabía?; pero no entendía cómo la mayoría de sus relaciones eran unidireccionales, y solo existían en realidad, porque ella se preocupaba de que no se perdiesen.

Se lo había preguntado decenas, cientos de veces, se había mirado al espejo por ver si es que no existía, pero el contumaz espejo le devolvía reflejada su nítida y lánguida imagen, que para todos era transparente; incluso se había pellizcado su sedosa piel, ávida de mimos y caricias, por ver si en verdad existía; se había topado intencionadamente con objetos materiales, por ver si es que su cuerpo era invisible, intangible o etéreo. No, no lo era, tenía un cuerpo material, tenía unos ojos que bien visibles mostraban sus sentimientos (fuesen de alegría, o de pesar); tenía una pensadora

cabecita, que mostraba al andar su estado anímico, bien yendo cabizbaja, o bien erguida; tenía un corazón que silente lloraba...; tenía todas las características de un ser humano, incluso las propias de un ser sociable, como decía el filósofo, pero no lo conseguía, hiciese lo que hiciese.

La vida se lo había hecho ver una y otra vez. No había vuelta de hoja, no debía machacar más su dolido corazón, no tenía que reflexionar más (y con ello ahondar su aflicción), puesto que para el mundo ella era, sin remedio ni solución: 'transparente!', y por eso el mundo no la veía. Así de sencillo. Tan solo existía para ella misma, y así debió aceptarlo por el resto de su vida.

Su última frase contenía una pregunta (suponiendo ella que hubiese alguien o algo 'allí', al final de su vida): ¿Dejaré de ser transparente, y por fin seré visible para alguien, 'allí'?

Nota final. De hecho, solo se sabe de la existencia de ella por este texto autobiográfico, que dejó escrito en su diario antes de desaparecer, sin nadie darse cuenta de ello... como era de esperar.

Con cariño, el espejo, que sí te ve.

Capítulo 8

(continuación de 'Transparente').

Rebuscando en su diario se encontraron más explicaciones a todo lo que finalmente le había sucedido a ella, puesto que allí iba quedando registrado todo su dolor y desesperanza, en forma de últimas palabras de despedida.

Hacía mucho que había dejado de soñar con el amor, pese a haber sido desde que nació una enferma, casi incurable, de romanticismo. Sin embargo, sus palabras no dejaban lugar a duda alguna: "me curé de mi romanticismo, de mi crónica enfermedad, tras conocer a tanta gente que me asaeteó el corazón, sin dejar ni un minúsculo recoveco de él de mostrar una gruesa y profunda cicatriz".

Tras ello, su intensidad y ganas de vivir se habían mermado notablemente, pero aún así seguía sintiéndose especialmente bien, recompensada e ilusionada por ser (o al menos sentirse ella), útil a alguien, tras recibir y afrontar algún urgente S.O.S. de su entorno, bien fuese en forma de llamada, mensaje, carta o solicitud de 'cinco minutos' para charlar, que obviamente se prolongaban mucho más. Así era siempre, ya que ella vivía sola, y por tanto no tenía horarios u obligaciones que concluyesen, en pleno desahogo emocional, el tiempo de sus contertulios (los cuales desafortunadamente no recordaban nunca esa entrega desinteresada de ella para con ellos).

El haber llegado a esa auto definitoria realidad sobre sí misma, como 'transparente', fue premonitorio de que algo grave estaba pasando por su destrozado corazón, y por su atribulado cerebro.

A ella, sin ser aficionada de la llamada 'fiesta', siempre le había producido gran curiosidad todo lo rodeado con ese atávico combate de un hombre, solo ante el peligro y 'armado' con un único trozo de tela, frente a un animal, que lógicamente intentaba defenderse de cualquier forma, hasta llegar incluso a la muerte, por la 'afrenta' aquella que estaba sufriendo en su efímera vida; además con un tan conocido, fatal y anunciado desenlace.

De entre todas las 'suertes' del toreo, a ella le llamaba especialmente la atención aquella consistente en que el torero esperaba, frente a la puerta de salida de corrales, al enloquecido, asustado, lleno de algo parecido a la ira y pletórico de fuerzas astado; dispuesto éste a llevarse por delante lo que le pusieran frente a su impetuosa embestida. Y claro, el torero sería lo primero que podría recibir su mortal cogida y las superlativas fuerzas de un animal tan fiero y vigoroso.

Lo dejó todo escrito, y por eso se supo que ella había decidido que la

muerte, la conocida como 'dama negra', era como el toro que a todos nos acosa en la vida, y al cual a veces debemos dar capotazos, requiebros, defendernos u ocultarnos tras los burladeros, darle banderillazos, estocadas, engaños... intentar eludirla en definitiva. Además su 'pelaje' era también negro, con lo cual el símil con el toro le pareció sumamente apropiado.

Su esperanza había desaparecido del todo, y por ello había dejado hacía tiempo de tomar sus medicamentos contra los varios males que padecía, de entre los cuales, la depresión y la hipertensión eran los principales que le aquejaban.

Sus notas iban siendo cada vez más y más melancólicas, desgarradoras, carentes de ilusión, esperanza o fuerza para luchar contra el toro de la vida. Los que la conocían temían lo peor, pero no lo adivinaron, ya que nunca se paraban a leer sus elocuentes y expresivos ojos, suplicantes de tan solo unas sutiles briznas de ternura, o cariño, o mimo..., y por ello no hicieron nada, salvo preocuparse algo, y decirle además aquello que tanto le dolía, de: "te veo mal, icuídate mucho!".

Eran como rejonos de muerte, como si el picador hincase en su corazón la puya hasta la 'bola', hasta lo más hondo de sus entrañas. Aquella ceguera de todos o, mejor dicho, aquella transparencia suya le era ya insoportable. Ya no podía más, la vida carecía de sentido para ella.

Por ello, todo fue como la genial obra de García Márquez, lo suyo estaba anunciado, línea a línea quedó descrito en aquel diario, que sus amigos y allegados luego pudieron conocer y leer, aunque ya llegaran tarde, demasiado tarde, fatalmente tarde.

Así es como entendieron que ella había decidido enfrentarse a la negra dama, sin capote ni muleta, en su caso sin medicinas; con coraje, con bravura, sin miedo, y sin ya nada que perder, porque todo lo había perdido. Ella había decidido enfrentarse al toro de la vida 'a puerta gayola', saliendo a su encuentro, intentando averiguar si, para la dama de la guadaña, ella también era transparente. Para su desgracia, para la infalible dama no lo fue, recibiendo, en forma de fulminante infarto, aquella mortal cornada que ya no tuvo curación.

Lo negro y lo transparente se habían enfrentado, en desigual duelo de fuerzas, y la que siempre gana, se salió de nuevo con la suya, llevándose por delante a aquella jovencita, enamorada de todo hasta que se había curado..."de tanto sufrir" (sic).

Concluyó así tanto dolor, y concluyó así, su paso por el ruedo de la vida, no sabedora ella de que ¡Al fin! algo en su biografía, en este caso fue en su funeral, había reunido y concitado el unánime apoyo y llanto de sus allegados.

Así fue en efecto, pues sucedió lo que en términos taurinos se comentaría como: apoteósico, emotivo, triunfal, insuperable, aunque también como: desgarrador, lleno de sollozos, lágrimas, sentimientos de culpabilidad y arrepentimiento de todos los seres que formaban su entorno, tras saber que en el fondo la ceguera de todos ellos habían desembocado en que 'Transparente' perdiese aquel mano a mano, con la negra señora, aquel desigual duelo ...'a puerta gayola' que haría que ella saliera por única y postrera vez ia hombros de sus amigos y familiares en aquella caja forrada de terciopelo encarnado, cual trágico capote!. Descansa en paz, estés donde estés, mi querida e inolvidable amiga 'Transparente'.

Capítulo 9 Una de las frases leídas iba a ser concluyente, ahora que Enrique apuraba su apropiadísimo Bloody Mary, tras haber meditado todo lo sucedido.

Se habían juntado varios amigos para alquilar aquel cuidadosamente desvencijado 'molino de los misterios', como rezaba en la publicidad de la web de ofertas para gente joven. La ambición les había espoleado, con aquel anuncio de: 'Aquí, nada parece lo que es', más la recompensa de una estancia gratis para quien desvelase al personaje del "fantasma que tocaba dos instrumentos", escondido en aquel molino.

Tras la cena, en las lúgubres y misteriosas veladas iban recibiendo pistas, a veces incluso sin percatarse de ello; sucediéndose en dichas charlas las arrogantes y empalagosas disertaciones del sabihondo y vanidoso dueño del molino, que no cesaba de alardear de sus viajes, conocimientos, dotes, famosas amistades, posesiones por doquier, ilimitada cultura y sobresalientes cualidades humanas.

Luego, durante la noche, y entre agudos chillidos, gritos, truenos, crujir de suelos y puertas, tenebrosas melodías, y luces titilantes, recibirían innumerables visitas nocturnas de personajes ataviados de Dr. Jekyll, Drácula, Frankenstein, Hannibal Lecter, o como tétricos vampiros de negras capas..., tratando de averiguar todos los amigos, sin llegar a ver la famosa sábana ondulante, cuál de ellos era el fantasma que les permitiría pasar gratis tan excitante fin de semana.

Finalmente, a Enrique se le aceleró el pulso, y soltó eufórico un: "¡Eres tú, Jaime!", dirigido al arrogante propietario del molino. Cuando Jaime había tocado

aquella balada de Bob Dylan, con guitarra y armónica, supo que el 'fantasma' buscado, sin duda era Jaime; el cual le felicitó, recordando a sus amigos que no hay que fiarse de prejuicios, y que en efecto los fantasmas visten muchas veces de tejano azul o esmoquin negro, y no solo con una blanca sábana.

Capítulo 10Ese veintitrés de enero de 2012 iba a ser para Lucía *largamente* recordado, y motivo de hilarantes carcajadas entre sus amistades, al escuchar lo que le había sucedido.

Había decidido pasar unos días, de su festiva semana blanca educativa, junto a su amiga Raquel, que desgranaba los días de su Erasmus en Edimburgo, entre kilts de cuadros y chupitos de la famosa bebida espirituosa propia de esas Highlands.

Aquella noche se habían excedido, delatando con amplia sonrisa desencajada su alto grado etílico. Salieron del Pub Nesy radiantes, exultantes y con ganas de darse un paseo por la ribera de aquel gélido, siniestro y oscuro lago.

Cuando las fuerzas les flaquearon, pararon a expulsar de sus entrañas unas bocanadas de aquel maléfico líquido escocés, que tan ebrias les había dejado. Tras ello, exhaustas, se reclinaron en un banco, quedándose medio amodorradas.

El sobresaltado despertar no podría haber sido más terrorífico. Una larga silueta, de colosal tamaño, se contoneaba sin cesar cerca de ellas al ritmo de lejanos tambores, músicas desconocidas, griterío ensordecedor y explosiones pirotécnicas de inusitada y estruendosa sonoridad.

Corrieron despavoridas, sin rumbo, presas de un pánico atroz, creyéndose que el mítico Nesy había salido de sus tenebrosas aguas esa noche, ¡precisamente esa noche!, a merodear por la ribera de su morada y para atemorizar a despistados turistas.

Cuando estaban a punto de recibir un síncope, tras caer al suelo y ver cómo se abalanzaba sobre ellas la cabeza de aquel monstruo, súbitamente entendieron lo que les había pasado, al reconocer unas playeras bajo aquella zigzagueante bestia, pues eran las de su amiga Xiaoyan, que celebraba con sus compatriotas la llegada de su año nuevo, formando parte del culebreante cuerpo del festivo Dragón. Long, y no Nessy, había sido el culpable de su tremendo y memorable susto.

Capítulo 11

Sentimiento marchito

Su profesión era como una continuación de su vida personal. Salía con la fragancia de ella, su adorada esposa, posada sobre su piel; y continuaba recordándola, al olerlas a ellas, en su trabajo cotidiano.

Cuidaba de ellas con profesional mimo, y también mediante el abono, riego, poda, fumigación, e incluso cariñosas y *telepáticas charlas*; y con parecida delicadeza, y ternura, le mostraba su pasión y embeleso a ella, su compañera en la vida.

Su felicidad era total, temiendo siempre que no fuese eterna.

Un día, tras concluir su trabajo de jardinero en la rosaeda, se dirigió a casa, temeroso por lo que allí venía sucediendo desde hacía años.

La cruda realidad se cumplió. Esa aguda espina, que tanto temía, se le clavó en su corazón. El final de la carta era dolorosamente claro. Ella, su Rosa, le había abandonado.

Al empezar la cena en el castillo, pregunté:

- "¿Qué bebemos, Señor Conde?"
- "Sangría, naturalmente", me respondió él, con sardónica sonrisa.

Todo surgió de repente, cuando el chat les mostró a ambos sus nicks. "Transparente" había encontrado a "Espejo", en el cual podría contemplar a partir de entonces su enamorado espíritu, antes invisible para otros.

La distancia, cual larga cuerda, fue extendiéndose entre ambos; y con ello, el globo que había henchido sus corazones, empezó a desinflarse lenta e inexorablemente.

En su otoñal edad, comprobó cómo cada vez que se peinaba se le despoblaba de *hojas* la copa de su tronco.

Capítulo 12
Ocho de febrero, había llegado el día que tanto esperaba Mónica para cumplir sus diez años, esa cifra nada menos que con dos números, que para ella significaba el estarse haciendo mayor, como lo eran ya sus tres hermanas.

Eduardo, su padre, le había prometido una sorpresa -de esas que tanto gustaban a las cuatro hermanas-, para el día de su cumple. Ella había recibido algunos regalos, que le gustaron mucho; había soplado diez velas, puestas sobre la tarta, y había pasado un día muy bonito, junto a sus compas del cole, y a su familia. Como al día siguiente había que madrugar, se fue pronto a la cama, pero antes de ello, su papá y sus hermanas, fueron a darle el beso de 'buenas noches', que nunca le faltaba.

Lo mejor estaba a punto de llegar, sin ella saberlo. La sorpresa prometida iba a ser más bonita que cualquiera de los regalos recibidos, pues su papá bien sabía que Mónica valoraba más los detalles sentimentales, que los juguetes o regalos materiales.

El papá y las tres hermanas mayores fueron a escondidas, aprovechando la luz apagada, para darle un inocente 'sustito' de cada noche, apareciendo de improviso, previo al beso en sus mejillas.

Mónica, medio adormilada, agradeció ese cariñoso detalle, pero algo le hizo pensar que los cuatro habían tramado alguna cosa que ella no imaginaba.

Así fue, Eduardo le dijo a Mónica, que a partir de ese cumple, tan especial para ella, participaría de forma activa en eso que tanto le gustaba cuando iba a dormirse.

En efecto, Mónica disfrutaba muchísimo cada vez que su papi se acurrucaba en la cama de alguna de sus hijas y, antes de apagar la luz, les decía aquello de: "Bueno, pues vamos con la historia de hoy, decidme cada una de vosotras cuatro, un objeto o persona, para que yo invente un cuento con esos cuatro personajes, pero dadme un minuto para pensarlo, porfi, ¿vale?".

Sin embargo, ese día la sorpresa sería inmensa para ella, pues su papá le dijo: "Bueno, Princesa, hoy que empiezas a ser uno de los 'mayores', queremos celebrarlo haciendo que tú te sientas como nosotros, así que te diremos cuatro objetos y hoy te *toca* a ti inventarte un cuento, que seguro que nos gusta, aunque te cueste un poquito por ser la primera vez".

Mónica se puso nerviosa, y durante un par de minutillos empezó a pensar, para inventarse un cuento con: "papel, lápiz, flor y familia", pues esas eran las palabras que le habían dicho sus hermanas, y su papá. Pese a su corta edad, de su adormilada cabecita salió un breve y bonito cuento que decía así:

"Érase una vez una familia, que se quería mucho, pero que era algo pobre, y por ello no tenían posibilidad de comprar caros regalos, cuando querían celebrar un cumple, o el día de los Reyes Magos. Un día, uno de los hijos quiso regalarle a su padre por su cumple una flor, pues le encantaban, pero se dio cuenta que aquello le costaría mucho dinero, que él no tenía. Por ello decidió coger un lápiz, y una hojita de papel, para escribirle una cartita de agradecimiento, por lo mucho que hacía por él y sus hermanos, y por lo mucho que él le quería a su papá. Cuando el papá se iba a acostar, vio como bajo la almohada había un papel, que cogió y leyó

emocionado, para luego ir rápidamente a dar un montón de besos al hijo, que le había hecho tan especial, único y agradecido regalo”.

Las tres hermanas, y Eduardo, hicieron lo mismo que el personaje del cuento de Mónica. Se la comieron a besos a ella, que aquel día durmió, ya como casi un adulto, pues era la primera noche que su edad era un poquito más mayor, tras cumplir esos diez años de bonita vida, con su familia, a la que tanto quería.

Capítulo 13 Luchando contra su cuerpo a muerte,
tan cerca de su abismo implorando,
en su silencio siempre anhelando
ahogar su hambre, y sentirse inerte.

Si ha de vivir, tendrá que soportarlo
hambrienta. Sin saber hasta cuándo,
maldecirá esa voz: ¡comer!, torturando
siempre. ¿Más peso?, muere de pensarlo.

Sus labios abre, mas siéntese plena.
Mira al espejo: excesos por doquier.
Llora, ahogándose su ser de pena.

¿Es eso humano: miedo a manos llenas?
¡Gustar!, eterna congoja de mujer.
¿Cuerpo?, ¿muerte?. ¡Liberar sus cadenas!

Capítulo 14 ¡Ay Luna, lunita, lunera! ¡Tantas cosas se han escrito de ti!. Las unas, poéticas y ensalzándote; las otras, ninguneándote, por ser un simple e inhabitado satélite; y las más de las veces, ignorando que tú también tienes tu *corazoncito*, y que para nosotros en realidad eres más importante de lo que a veces de ti se dice.

Has iluminado infinidad de romances, desde tu atalaya en el cielo; has guiado a multitud de pescadores, que usan de tu cegadora luz como cebo para capturar la recóndita pesca; has alumbrado las desveladas noches de miles de personas, incapaces de conciliar su sueño, aquejados de dolores corporales, o peor aún, de aflicciones sentimentales; has inspirado a cientos de poetas y cantautores... ¡Eres tan importante para nosotros, Luna!

¡Qué injustos somos los hombres contigo!, ¿verdad? Te cortejamos durante muchos siglos, provocaste incluso una carrera espacial de las dos potencias de aquel entonces, y todo ello por mancillar y ollar, como pioneros, tu intacta piel, y tu ingrávida superficie; todo tan solo fue por *conseguirte*, por seducirte como una aventurilla más de nuestra colección. Y una vez *conquistada*, fuiste abandonada, en busca de nuevas conquistas: marcianas, estelares o galácticas. Pero tú, ¡no te sentiste celosa, pese al despecho sufrido, y al desaire que te infligimos!

¡Fíjate!, que incluso a un vulgar trozo de vidrio o cristal le damos también tu poético nombre. Tú sí que eres transparente, y agradecida con nosotros. Nos alumbras con tu vívido reflejo, cuando te llenas de luminosidad. A veces te escondes eclipsada, e incluso hablan y cantan sobre tu lado ignoto, que tanto derecho tienes a

poseer; pero siempre, siempre, vuelves puntual con tus precisos ciclos a iluminarnos; o a coquetear femeninamente, escondiéndote antes de difuminarte, para que recordemos lo bonita que eres cuando de nuevo resurjas en la bóveda celeste.

¡Ay Luna, lunita, lunera!, ¡Qué injustos somos los hombres, tratándote como algo de menor entidad que nuestra Tierra, cuando en realidad tantas cosas giran en torno a ti, y no al revés! Recuerda Luna, que para muchas personas tú eres casi tan importante, como el grandote amarillo de los cálidos rayos, y que se cree el ombligo de nuestro Universo. Sin las noches que tú nos iluminas, los humanos seguro que no seríamos iguales.

Muchas gracias por existir, ¡mi querida Luna, lunita, lunera!

Capítulo 15 Sor Gregoria pensaba lo contrario del inicio de la espiritual copla de Jorge Manrique, que tanto le gustaba. Si algo tenía despierto la Madre Ascensión, era precisamente su alma, llena aún de amor hacia Dios, al cual se había entregado tras recibir su ascética llamada, hacía ahora cincuenta años.

Todas las hermanas del convento de Carmelitas Descalzas, dedicadas de lleno a la oración y a la contemplación mística, sabían bien los miedos que Sor Ascensión había tenido siempre por perder su memoria. "¿Cómo podría hablar con ÉL?, ¿O rezarle, o pedirle por la salvación de las almas de nuestros hermanos?", se preguntaba ella. Un escalofrío le recorría el cuerpo, cada vez que imaginaba que también le pudiera atacar el aniquilador Alzheimer, como con buena parte de su familia había sucedido.

Todos sus negros presagios se habían cumplido hacía un año, habiéndose olvidado poco a poco de rezar sus plegarias, o de elevar sus oraciones a Dios, así como el componerle esos sentidos poemas que en su modesta celda le escribía en los momentos de recogimiento; incluso había dejado de esbozar esa contagiosa y perpetua dulce sonrisa, con la que alegraba cualquier conversación o petición de consejo de alguna de sus hermanas del convento.

Se celebraban ese día sus bodas de oro con Dios, esos cincuenta años de entrega total desde que había profesado sus votos de Carmelita. Por ello, sus hermanas de fe y congregación querían hacerle un regalo, humilde como lo era todo en sus conventuales vidas, entregadas en cuerpo y alma a la oración.

Finalmente, la madre priora tuvo una idea, que puso en

práctica cuando la campana convocaba a maitines, al comienzo de aquel día de aniversario. Había decidido cambiar la oración, posterior al frugal desayuno que iniciaba cada jornada, para declamar ella misma aquel poema, que tanto gustaba a Sor Ascensión, por haber sido uno de los primeros que ella compuso a Dios.

Decía así:

Feliz te entrego mi alma, ¡Señor!,
para servirte y orarte toda la vida,
rebotando mi corazón fe sentida,
tras recibir tu llamada de amor.

Conoce ¡Oh Dios! mi felicidad plena,
absorta al contemplar tu grandeza,
que a ti implora, habla y reza,
en esta nueva vida, de alegría llena.

Ahora, ante ti humilde me prosterno,
tu existencia y consejo me ilumina,
dichosa de recibir tu llamada Divina,
y por ello te juro, Señor, amor eterno.

Todas las hermanas elevaron al unísono su mirada hacia el cielo, en señal de agradecimiento, cuando de nuevo los labios de Sor Ascensión esbozaron aquella límpida, contagiosa, ascética, santa, cordial y entrañable sonrisa. Si la fe mueve montañas, al parecer la poesía le había removido lo más recóndito a la hermana, haciéndole sonreír brevemente de nuevo. Sin duda, había sido el mejor de los regalos que le podían haber hecho a su amnésica, querida y poética compañera de fe, recogimiento y plegarias, haciéndole recordado la belleza dormida, a su alma.

Capítulo 16“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo, de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...”

Es increíble para mí aún, que ahora sí recuerde, literalmente incluso, ese primer párrafo de uno de los libros que para entretenerme me ha dejado Beatriz, mi enfermera, y que sin embargo no recordase en absoluto lo que ella me comentaba sobre su famoso autor, o sobre la supuesta importancia de esa obra.

Inicio así este diario, con la ayuda de un dictáfono, siendo aquí y ahora, en la UCI de este Hospital Granadino, las 23 h de este primer día del año 2012; día que a la vez será para mí el primero del resto de mi nueva vida. Los sentimientos vividos hoy, tan especiales y trascendentes para mí, se me agolpan en los labios antes de dictárselos a este aparato, que suplirá mis aún mermadas capacidades físicas.

Todo sucedió de repente, al parecer hace ya siete días, cuando junto a mi esposa Sonia descendíamos las empinadas pistas de Sierra Nevada. Eran las primeras vacaciones en solitario, habiendo dejado en Madrid a nuestras hijas, al cuidado de sus abuelos. Por ello, disfrutábamos a tope, con juvenil desenfreno, esos días en que celebrábamos veinte felices años de vida en común, como si se tratase de una segunda luna de miel. Los esquís se deslizaban por la nieve polvo recién caída sobre la pista, a la vez que los recuerdos se deslizaban por nuestras ilusionadas mentes, exteriorizándose nuestra radiante felicidad en forma de amplia sonrisa.

Quizá esa despreocupada forma de descender la ladera hizo que nos concentrásemos, más en bromear y reír, que en los ocultos peligros que pudieran acecharnos.

Ahora ya es tarde para indagar sobre la razón del accidente; el caso es, que mi consciencia se desvaneció

tras la repentina visión e impacto con aquel maldito cable en medio de la pista. Todo lo que desde entonces sucedió, hasta salir del coma hoy, me lo ha contado Sonia con todo lujo de detalles, cuando hoy he despertado de nuevo a la vida.

Mi Reina, mi Sonia, cuando yo le comentaba esta mañana abatido mi total falta de ganas de vivir me confió que ella pensó lo mismo, tras comprobar estando ella aún en estado de shock cómo mi cuerpo yacía inerte, exangüe y ensangrentado sobre el blanco manto de la pista. Sin embargo, a ella, el clarividente recuerdo de nuestras dos hijas: Almu y Mónica, le facilitó que de su mente desapareciese de inmediato tan tétrico sentimiento.

Es así, gracias a la memoria intacta de Sonia, como me he enterado de esas dos poderosas y vivientes razones que tendré para ponerle a mi vida renovados arrestos, tenacidad férrea y redoblado coraje.

Las visitas hoy se han sucedido sin parar. Por turnos, y por prescripción facultativa, han ido pasando, primero mi esposa, a quien yo sí recordaba perfectamente, al igual que nuestro imperecedero amor, reafirmado en estas trágicas navidades. Luego, llegaron esos cariñosos abuelitos, que con lágrimas en los ojos decían ser mis padres, mientras no cesaban de acariciarme y prodigarme su ternura, sus delicados mimos (como a un bebé), a la vez que atropelladamente, y en una incesante cascada de frases intentaban proporcionarme datos de aquel pasado que yo había olvidado.

Fue tal la cantidad de visitas, que ya ni recuerdo el orden. Eso sí, rememoro con lágrimas, cómo un par de bonitas, espigadas y desconcertadas jovencitas, habían alegrado brevemente la paz de la UCI, sin yo poder recordar siquiera sus nombres, pese a que Sonia me dijo que eran nuestras hijas, que tanto lloraron al verme, mientras me abrazaban con fuerza, tristeza,

miedo y sorpresa.

También desfilaron otros familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos..., un gran número de personas, cuyas caras, palabras y comentarios desgraciadamente no me decían nada, y cuyos nombres yo tampoco recordaba.

Me comentaba esta tarde Marta, mi neuróloga, que era inexplicable lo que me había sucedido, dado que en ciertos accidentes, con resultado de traumatismos craneoencefálicos, lo que sí sucede a veces, es que se pierde la memoria cercana (amnesia retrógrada, es su nombre técnico), recordándose por el contrario, y con perfecta nitidez, acontecimientos del pasado lejano, como si se tratase de un sobrevenido y repentino Alzheimer.

A mí, sin embargo, al parecer se me han borrado buena parte de los recuerdos guardados, no sólo los de la memoria muy lejana, sino incluso también todas mis vivencias anteriores a más o menos un mes. Es como si la zona cerebral que ejerce de archivo viviente de hechos lejanos hubiese sido segada de cuajo, o cercenada íntegramente de mi cerebro por aquel cable asesino, formateándome totalmente todo lo almacenado que fuese anterior a los albores de Diciembre del pasado año.

La doctora me ha comentado la previsible evolución que tendré, aunque ha sido tremendamente realista al comentarme, como hecho muy probable, que jamás afloren en mí de nuevo esos desaparecidos recuerdos del pasado, y que por ello deberé acostumbrarme a vivir con ese escaso bagaje biográfico de tan solo siete silentes días, de aletargada vida en coma en la UCI, más algo de los días previos del mes de diciembre; por lo cual, de alguna manera, hoy ha sido el primer día de mi nueva vida, de mi volver a empezar.

De todo lo que hoy me ha sucedido, con frenético ritmo

y emotivo devenir, lo que más me ha impactado ha sido, ahora que lo evoco y rememoro, precisamente todo lo que mi corazón ha leído, intuido y deducido, como entre líneas, en las personas que me han mimado con tan desbordante cariño.

Las sonrisas de esos ancianos, el tacto sedoso de las manos de la señora que decía ser mi madre, el acurrucarme entre sus acogedores abrazos juveniles esas alegres y vitales jovencitas... Todos, y cada uno de esos detalles han quedado grabados con indeleble huella en lo más profundo de mi ser.

Y lo que aún no sabe casi nadie es, que pese a yo no recordar sus nombres, o las cosas que me contaban, o los detalles con los que inundaban mi cerebro recién renacido; sin embargo, los mimos, las caricias, las lágrimas, las sonrisas, todos esos detalles tan humanos, sí que han reavivado en el interior de mi ser unas sensaciones y emociones indescriptibles, demasiado intensas y familiares como para ser pura imaginación mía, o ser una casual coincidencia.

Tendré que confirmarlo en próximos días, pero afortunadamente parece que sí que han quedado registradas, en algún arcano recoveco de mi interior, entrañables y humanas vivencias pasadas, que podrán facilitarme, sin duda, el vivir esta nueva vida que hoy comenzó, y cuyo diario inauguro ahora, acabando antes que el cansancio me termine de derrotar y vencer, al concluir este intenso y agotador día, tras salir del coma. O, ¿mejor debiera decir, de ese punto y aparte de siete días en mi vida?

Doy gracias a la vida, por darme esta segunda oportunidad, y doy gracias al sino por haber dejado grabadas, al menos dentro de mi corazón (ya que no de mi cerebro), esas muestras de amor de todos esos casi extraños que hoy me mostraron su cariño, y a los cuales poco a poco espero volver a reconocer y querer,

como al parecer siempre les quise. Prometo, ante ti como testigo, mi diario, que pondré de mi parte todo lo que pueda para que las tres mujeres de mi vida disfruten de nuevo, con renovado vigor, la presencia en sus corazones de su Rey.

Concluyo este primer capítulo del diario afirmando que, aunque en ese libro mencionado no quieran acordarse del nombre de un lugar; yo, sí quiero reconstruir algo de lo que la nieve dejó en blanco en mi cerebro, y sí quiero volver a acordarme de todo lo que pueda de mi pasado; porque decididamente quiero... ¡Volver a empezar!

Capítulo 17

Para mayores de 14

**SU
MANO
ESCRUTA
ÁVIDAMENTE
EN MI CHILABA.
ALCANZA EL HUECO,
PALPA LOS RECOVECOS,
BUSCA CÁLIDOS ESPACIOS.
RETORNA RADIANTE.
¡TAN HÚMEDA
ALEGRE Y
FELIZ!
¡UF!
...**

Miedos

**Le
miró
con rubor,
palpitando,
enamorado,
y asustado .
Temeroso
de amar,
¡Otra
vez!**

Colofón

**Tú,
curso,**

concluyes.

L i t e r a r i o

taller del centro.

La profe amenizó,

enseñó , corrigió , y

estimuló con atino ...

despertando nuestras musas

en intensos relatos

teatro,poemas,rimas...

bellos y lindos.

Hasta aquí,

con pena

llegas.

¡Fin!

Capítulo 18 ¡Papá, no me dejes sola!

Cuando el 'busca' de Miriam sonó, sus ojos rápidamente leyeron en busca de la urgencia que reclamaba sus servicios de psicóloga, en aquel inmenso hospital de Nuestra Señora de la Esperanza.

"Urgente, habitación 1414", decía el escueto mensaje. Enseguida, supo que algo duro le esperaba, pues esa habitación correspondía a la sección infantil de la planta de oncología.

Subió lo más rápido que pudo, llegando a la puerta de la habitación guiada hasta ella por los desgarradores llantos y sollozos de Paula, la enfermera que se había encontrado tan dantesca y sobrecogedora escena y que aún, en estado de shock, contemplaba los cadáveres de Guido y de su 'princesita' Sonia de 12 años.

Entrecortadas, por los sollozos y llantos, le salían las frases explicándole a Miriam lo que creía que había sucedido, tras analizar aquel sencillo mecanismo que unía la manita inerte de Sonia, con la vía intravenosa que permitía entrar aquellas gotas, cual billetes de avión para un viaje muy largo, en el brazo sin vida de Guido.

Ninguna de las dos, presas ambas de una paralizante tristeza que se apoderó de sus almas, había caído en la cuenta de aquel papel que descansaba junto a la cama, en la mesita repleta de envases de medicamentos que se le administraban a Sonia, esa angelical rubita de ahora apagados ojitos, anteriormente llenos de sufrimiento por la devastadora quimioterapia.

Miriam al recorrer con su escrutadora profesional

mirada la sala, vió aquellas hojitas que le hicieron presagiar algún mensaje explicativo. El título, que las plegadas páginas llevaban escrito: "No pude dejarle hacer el viaje a ella solita. Firmado: Guido", ya anunciaba que podría ser duro lo que allí estaría escrito.

Desplegó las hojas manuscritas, para lenta y pausadamente leer, junto a Paula, lo que allí decía Guido.

La carta decía así:

No te podía dejar sola en tu viaje, mi amada Sonia

Esta carta en realidad la deberías leer tú, mi querida Sonia, pero ya me encargaré yo, cuando espero estemos juntos allá arriba en el cielo, de explicarte lo que en ella te digo a ti y a las personas que dejamos aquí abajo en la tierra.

Todo empezó en una rutinaria revisión en el colegio, tras la cual el gabinete médico nos recomendó visitar a un neurólogo, por apreciarse ciertos indicios preocupantes, aparecidos en tus análisis y pruebas diagnósticas.

El fatídico resultado del escáner que te mandaron, no dejó pie a ninguna duda: "angioma cavernoso intracraneal", decía el informe de tu neuróloga,, poniendo así un espeluznante nombre al origen de los dolores crónicos en tu rubicunda cabecita.

Allí empezó nuestro viaje al paraíso. ¡Sí, paraíso!,

Sonia, mi querida Princesa. Iba a escribir "calvario", pero no, he preferido seguir pensando en positivo, como tantas veces traté de enseñarte. Paradisiaco fue en efecto, el que nuestras vidas, ya unidas por la genética, que te había predestinado a nacer como hija nuestra, se unieran lo indecible a partir de aquel momento que nos haría compartir infinidad de visitas, internamientos, tratamientos, esperanzas, recaídas, depresiones, alegrías...

Tu infancia había sido, creo yo aunque eso debieras ser tú quien lo dijera, preciosa y llena de complicidades de hija y padre. Nuestros juegos por las alfombras de casa, nuestras excursiones familiares, nuestras muchas actividades lúdicas de todo tipo, nuestros cuentos nocturnos, surgidos a partir de las personas u objetos que tú sugerías como posibles personajes, nuestras tareas colegiales compartidas infinidad de tardes...

Desde luego, como padre te aseguro que hice lo máximo que pude y supe por darte felicidad, darte todo mi amor y por prepararte para la larga, eso esperaba yo por aquel entonces, vida que te quedaba por delante.

Sin embargo, el azaroso y caprichoso sino nos hizo despertarnos con un atroz sobresalto de nuestro sueño, de nuestro cuento de hadas, en el cual sin duda tú eras la princesita protagonista.

Tras el demoledor diagnóstico, aquella operación a vida o muerte fue el primero de tantos momentos que iban haciendo que el inmenso amor que sentía por ti provocara que empatizase hasta límites insospechados con tu dolor. La rabia, la impotencia, la sensación de terrible injusticia que la vida cometía contigo me hacía

querer dar más de mi mismo en pos de ayudarte como fuera para intentar curarte, intentar paliar tus dolores, intentar explicar tus razonadas preguntas sobre algo que tu tierna edad, no comprendía, por no ser lo normal para una niña estar tantísimos días entre las paredes de un hospital, en lugar de estar dentro de las aulas desbordadas de algarabía de un colegio.

Leí lo indecible, tanto de temas médicos, como de temas de ayuda emocional, para poderte ayudar de todas cuantas formas me fuera posible.

Desarrollamos una complicidad maravillosa, sabiéndonos comunicar perfectamente, incluso con un simple movimiento de ojos, o con un simple roce de nuestras manos.

Te puedo asegurar, mi querida Sonia, que fue precioso, a pesar de lo inhumano y terrible que fue para mi la vida a partir de aquella visita a tu neuróloga, y lo que tras ella se desencadenó. Precioso fue en efecto, encontrar sentido a la vida, redescubrir lo que es el papel de un padre que adora a su hija, y que daría la vida –metáfora, que finalmente se convertiría en realidad-, por su hija, como si fuese prolongación de mi propia existencia.

¿Recuerdas la cantidad de sonrisas y lágrimas, como si fuésemos actores de esa película que la vida nos hizo protagonizar, que compartimos juntos?

¿Recuerdas la cantidad de charlas que tuvimos: sobre lo que era la vida, el amor de los seres humanos, intentar responderte a tus dudas, preguntas, vacilaciones, incomprensiones hacia lo que te ocurría...?

¿Recuerdas aquel día, en que te pedí cerrar tus ojitos antes de yo entrar en la habitación donde aún llorabas, tras haber perdido todo tu largo, suave, sedoso y dorado cabello? ¿recuerdas tu expresión, en la cual convivían una inmensa sonrisa, de oreja a oreja, junto con una expresión de total sorpresa, más un espontáneo aplauso, mientras decías aquel indescriptible: "¡Papá, te quiero!", cuando yo te explicaba que así, con ese acto mío, podías ver que yo también seguía siendo el mismo, pese a haberme rapado, para compartir contigo el sentimiento de desnudez de nuestras cabecitas? ¿Recuerdas que papá te siguió queriendo, igual o aún más, tras convertirnos ambos en dos 'calvitos', como tú decías?

Aquel sería uno de tantos episodios en que mi corazón, al unísono con mi cerebro, tomaría una decisión que intentase ayudar al ser que me temía que poco a poco se estaba yendo de mi vida, de mi mundo humano. No lo dudé un momento y verte sonreír, mientras me decías que me querías, fue uno de tantos inolvidables momentos de los que aquella injusta enfermedad nos haría compartir y disfrutar todo lo mucho maravilloso que hay en la vida.

Tu cuerpecito se iba consumiendo, por el devastador efecto de la quimioterapia que mataba por igual a tus células malignas y a las células sanas, que pugnaban por hacer que tu cuerpecito se desarrollara. Tu infantil sonrisa, por momentos desaparecía. Tus ganas de vivir, se resentían. Tus miedos, dudas y preguntas se hacían cada vez más dolorosas y duras para mí, pero jamás dejé una sola de esas dudas o preguntas sin respondértelas, o eso al menos es lo que siempre intenté.

Sin embargo, aquel día de primavera iba a ser diferente y decisivo. Aún recuerdo cuando tú, tras comer un bombón de los que te habían llevado tus compas del cole y tras admirar esas flores que te habían llevado tus abuelitos (las cuales tú ya empezabas a admirar, contagiada por mi pasión hacia esos seres vivos), me soltaste a bocajarro aquellas reflexiones tuyas.

Más o menos, me dijiste esto, ¿Lo recuerdas?:

“Papá, me parece que esta enfermedad va a poder conmigo, pese a lo que todos lucháis y luchamos contra ella. No estoy preparada para morirme, papuchi.

Ese viaje hacia el cielo, que me decías que hay después de cerrar los ojitos una persona, ime da mucho miedo!. Nunca he viajado sola y pensar en hacerlo me hace tener muchas pesadillas, por no saber cómo se viajará sola, con la única compañía de mi maletita llena de sueños.

¿Sabes, papi?, soy a lo mejor algo mala y muy egoísta, pero como te quiero mucho y nunca tengo secretos para ti, te puedo decir que me gustaría que pudieses hacer ese viaje conmigo, para que luego, cuando me hubieses dejado en el cielo, regresases a seguir viviendo la vida, puesto que tú, que puedes, aún debes hacerlo y sé que me seguirías acompañado desde tu corazón, incluso cuando estuviésemos separados?

¿Sabes, papá, que me gustaría que no me dejases sola en ese viaje que me parece que muy pronto haré?”.

Sonia, princesita, no sé bien como no me derrumbé, atenazado y paralizado todo mi cuerpo por tu

confesión, tras escucharte esa adulta conversación, fruto sin duda de la fulgurante madurez que proporcionan acontecimientos tan excepcionales a las personas que los sufren o padecen.

El desgarró en mi corazón, bloqueaba mis palabras, a la vez que yo no quería ni podía hundirme y que con ello vieras debilidad en mi, puesto que yo era unos de tus principales apoyos en esos terribles momentos que la vida te deparaba y nos deparaba a todos los que te queríamos.

Sin embargo, recuerdo como, sin saber muy bien de donde me salió aquella idea, te cogí en brazos, encendí tu ipod, para que sonase tu canción favorita, y me puse a bailar contigo, girando por la habitación, oliendo mis favoritas rosas rojas en aquel ramo de flores, desenvolviendo un par de bombones que ambos degustamos con dificultades para que no se nos cayeran de nuestros sonrientes labios... compartiendo sin duda, uno de los momentos más duros y a la vez más bonitos de mi vida.

Y recuerdo, una por una, cada una de las palabras que te dije en esos momentos de maravillosa locura contagiosa, que ambos compartimos en esta habitación 1414, en la que te escribo esta carta:

“Sonia, princesa, papi te promete que no te dejaré sola, amor mío”

Los acontecimientos, tal como tú intuías, se sucedieron vertiginosamente y tu vida, cual vela, se fue apagando, demasiado rápidamente; hasta que ayer mismo, el oncólogo que lleva tu caso me confesó, con un hilo de lágrimas derramándosele por sus ojos, que tu vida se

apagaba y que el fatal desenlace era inminente.

Mi cerebro recordaba aquella promesa y no sabía bien cómo cumplirla, sin defraudarte ni mentirte, cosas que jamás hice desde que naciste en mi vida y en mi corazón.

Fue así, como ayudado por mis pesquisas en internet y por mis argucias de adulto, ideé esta forma de cumplir mi promesa y de hacer contigo ese viaje sin retorno, juntos hacia el cielo, porque mi vida una vez que tú partieses ya no tendría sentido, Sonia, y por ello había tomado la firme decisión de acompañarte, y te juro que no es por cobardía, para seguir haciendo de padre en ese nuevo lugar al que la implacable y tétrica muerte nos llevará.

Cuando tus ojitos se cerrasen definitivamente y tu manita cayese exangüe por el costado de la cama, aquel hilo provocaría que aquellas letales gotas entrasen en la botella de suero, para luego deslizarse por el tubo hacia mis venas y así iniciar al mismo tiempo nuestro último viaje...

Tantas veces yo te había llevado de excursión que, por una que fueses tú la que me ayudases a partir contigo, no pasará nada.

Desde mi corazón de adulto te aseguro que es cierto eso que una vez leí de que: el dolor más terrible que puede sufrir un ser humano es el de la pérdida de un hijo. Creo que yo no lo habría podido superar, Sonia, así que para mi fue lo más sencillo cumplir la promesa que te hice, durante nuestro desenfrenado baile aquel día que me contaste tus miedos y me pedías suplicante aquello de "Papá, no me dejes sola".

Te quise, te quiero y te seguiré queriendo, mi princesita
Sonia.

Guido, tu papuchi.

Pese a ser su bonita, pero dura profesión, el consolar a los demás, Miriam se derrumbó totalmente, mientras se fundía en un abrazo con Paula, y de nuevo ambas leían, al unísono y en voz alta, el título de aquella desgarradora carta, muestra del supremo amor entre aquellos dos seres humanos que allí descansaban en paz, unidos con sus manos inertes entrelazadas:

No pude dejarle hacer el viaje a ella solita.

Guido

Capítulo 19 **Tizzi:** ¡Cris, cariño!, seguro que tu quebradiza esencia masculina no recuerda qué día es hoy.

Cris: Por supuesto que sí, Tizzi mía, hoy hace un año que empezó nuestro impactante romance.

Tizzi: Sí, es cierto, aun recuerdo el golpe que me di contra tu dura y fría piel cuando aquel alumno del instituto me lanzó contra ti.

Cris: ¡Ja, ja, ja, vaya juerga de fin de curso que se montaron con vosotras como arma arrojadiza!

Tizzi: Los muy gamberretes no tuvieron mejor idea que lanzarnos, a diestro y siniestro, para celebrar la llegada de aquellas pizarras electrónicas, por las cuales nos jubilaron.

Cris: Pero tú, cielo, tuviste la inmensa suerte de estrellarte contra mí, para luego descubrir mi suave y deslizante piel, mi transparente personalidad y, justo es reconocerlo, mi a veces frágil carácter.

Tizzi: Bueno, bueno, no seas arrogante. Pero es cierto que yo estaba casi hecha polvo, tras mi jubilación forzada. Encontrarte fue maravilloso, aunque la verdad es que a veces eres muy cortante conmigo.

Cris: Reconozco que cuando te vi aparecer, toda vestida de blanco, me pareciste como una novia inmaculada llegada del cielo, nunca mejor dicho, ¡ja, ja, ja!

Tizzi: Cris, cariño, ¿Me dejas que escriba, con mi cuerpo deslizándose sobre tu brillante piel, lo que por ti

siento?

Cris: ¡Uf, qué sensual propuesta, cosita linda! Bueno, pero ten cuidado, no sea que te escurras, te caigas y tengan que escayolarte, precisamente a ti ¡ja, ja, ja!

Tizzi: Cris, ¡Te quiero!

Cris: Tizzi mía, mi piel refulge esplendorosa desde el día que te conocí y te sentí. Gracias por este precioso año escribiéndome tus enamorados sentimientos en mi translúcido existir.